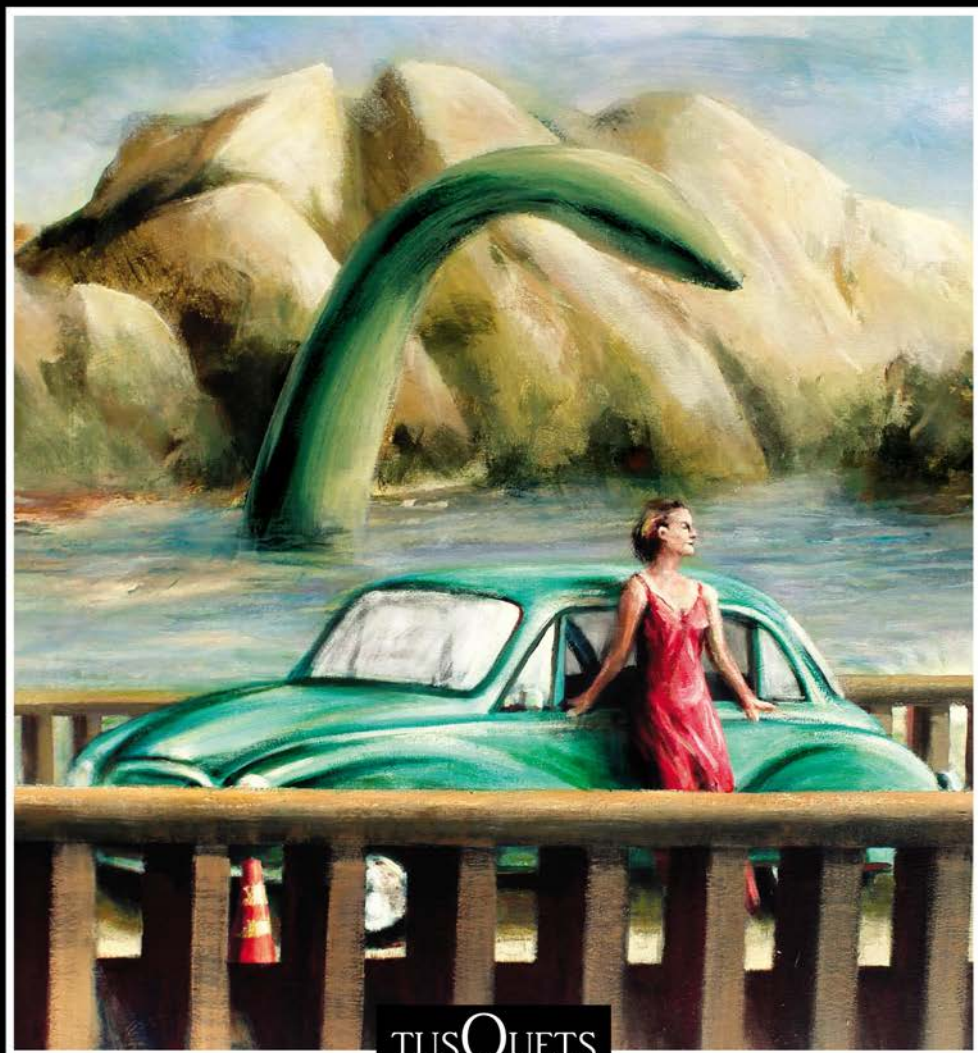


Elvio E. Gandolfo

MI MUNDO PRIVADO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

MI MUNDO PRIVADO

ELVIO E. GANDOLFO
MI MUNDO PRIVADO

TUSQUETS
EDITORES

1 MI MUNDO PRIVADO

Hace unos días un par de cosas me permitieron descubrir la verdad. Centrando mejor el asunto: una de esas cosas era muy vieja. Se trataba del plan de escribir una novela que se iba a llamar *El día*. Nunca escribí esa novela, pero siguió girando dentro de mi cabeza con sus múltiples detalles, tal como giran los cardúmenes de peces que flotan en el agua de a miles como una nube, sobre todo si son mantarrayas gigantes (ese fue el otro hecho: un documental de la BBC One, que me envió mi hija por mail). La idea central de la novela era la descripción minuciosa de un día del protagonista, quien contaba en primera persona.

De a poco el lector se iría dando cuenta de que el protagonista vivía junto con una hija de unos 12 años y una mujer de unos treinta y pico, todos instalados en un cuarto piso frente al cual, cruzando la ancha calle, había un bar. Después de unas cuantas páginas, el lector empezaría a discernir que los oídos del protagonista respondían con entusiasmo al saludo de la hija, que cerraba una puerta de golpe y se iba, bajaba a la calle. También oía a su mujer moviéndose en el resto de la casa.

Seguían ocurriendo los hechos mínimos de una vida cotidiana en una ciudad de tamaño mediano (digamos un poco más de un millón de habitantes). Siempre se oía, o

incluso se olía, pero nunca se veía. Aunque sí, un poco sí: el protagonista se asomaba a la ventana y veía allá abajo a su hija de espaldas, con una blusa de color azul que él conocía tan bien, cruzando la calle y perdiéndose por la principal arteria transversal.

El lector leía varias docenas de páginas (que nunca escribí), hasta que empezaba a darse cuenta de que algo no funcionaba. No se veía a nadie en realidad: sólo reflejos esquinados, fugaces imágenes de reajo. Iban pasando las horas y tampoco el sol iba descendiendo para al fin ponerse en un espléndido atardecer y dar paso a la noche. A esa altura, cuando empezaba la sensación de sospecha del propio protagonista, el lector ya llevaba leídas como trescientas páginas y le pasaba lo mismo que al que contaba en primera persona: «Esto no funciona como siempre», se decía. «Está todo detenido». No terminaba de convencerse porque, por ejemplo, la hija había vuelto de la calle y cerrado la puerta del departamento del cuarto piso con fuerza, como solía hacerlo, y gritado: «Hola, papá». Pero él no la había visto, sin embargo, porque la niña se había metido en su pieza. Media hora después había llegado la mujer: desde el living, que era muy grande, lo saludó en voz clara y alegre. Por el gran ventanal del living ya tendría que verse el atardecer, pero al igual que en las ventanas chicas del cuarto donde trabajaba el narrador, seguramente se seguía viendo el sol de poco después del mediodía.

Por una parte él se había sentido feliz con esos saludos, como siempre. A tal punto que cuando no lo saludaban (la mayoría de las veces por pura distracción), él pensaba: «¿Qué le pasará a mi hija?», «¿Qué le pasará a mi querida pareja?». Pero ahora que ambas lo habían saludado lo in-

vadió una tristeza muy sutil, en vez de la satisfacción. Porque eran los saludos del atardecer, o incluso del anochecer, pero el sol seguía brillando a la misma altura de las últimas seis o siete horas.

El texto estaba inundado de detalles minúsculos de la vida cotidiana, que le otorgaban al relato un efecto de realidad agregado, aumentado. Pero el protagonista, apoyado sobre el respaldo de la silla con rueditas sentado en la cual escribía siempre en la computadora, dejaba escapar un suspiro profundo, melancólico, que no impedía sin embargo que se le dibujara una sonrisa leve en la cara. «Hicieron lo que pudieron», pensó. «Se manejaron con todos los detalles». Pero no podía ver la cara de otro ser humano, simplemente. Tenía que ir acostumbrándose de a poco, y algún salto interno, mental, la conciencia innecesaria aunque inevitable de que el sol no bajaba nunca, le decía con claridad que él estaba muerto, y que se había ido al cielo, donde estaba rodeado por un día para él ideal, saludado y acompañado (desde otros cuartos) por las dos mujeres que le hacían llevadera y a veces, como en ese día, muy disfrutable la vida. Las dos se quedaban en las piezas propias (la de su pareja, desde luego, era también la suya), con la misma firmeza inalterable con que el sol seguía regalando desde una altura invariable un calor de verano nada excesivo, matizado por una brisa fresca.

Una vez que se le acabó el aire del suspiro profundo, el protagonista pensaba que iba a caer en una honda depresión, pero eso no ocurría. Estaba inmóvil en la silla, en un estado de ánimo mejor que la satisfacción. Y la novela terminaba (un sólido tomo de casi cuatrocientas páginas), una micronésima de segundo antes de que se levantara de la silla.

Como dije, se llamaba *El día*. Había pensado además ponerle (no sabía bien si en la primera o en la última página) la cita de un tema de un grupo uruguayo, El cuarteto de Nos: «El cielo no».

También como dije, nunca la escribí. Pero no sólo la escritura sino incluso el plan de la escritura corre de lugar cosas raras, provoca movimientos profundos del inconsciente, del fondo del mar, del aire, la tierra y el cielo. Supongo que la debo de haber planeado mentalmente alrededor de los cincuenta años, a bastante distancia del momento «real» en que la hija cruzaba a una calle lateral, por ejemplo, a comprar algo en la panadería, y después volvía, con doce años. Después me la saqué de encima moviendo apenas una mano, como quien se saca de encima una mosca pesada, porque ni siquiera tomé apuntes.

Pero esos desplazamientos mínimos, esos corrimientos profundos o superficiales muy poco violentos, me permitieron ahora, en que mi hija tiene 39 años, darme cuenta de la verdad. Me pasó fugaz por la cabeza, como una ráfaga de viento o brisa agradable, la imagen de la novela. Me provocó de inmediato una especie de alivio. Desde hacía más de dos décadas vivía alternadamente en dos ciudades, cada una en una orilla de un río ancho como un mar. Creo que esa alternancia y sus consecuencias (alquilaba un departamento en cada ciudad, lo que me obligaba a una inventiva y una agilidad considerables para poder pagarlos) me habían distraído en esta etapa durante la cual mi hija había pasado a ser una mujer adulta, y yo un abuelo con todas las de la ley.

Cuando me pasó por la mente la imagen o la historia veloz de aquella novela no escrita, hacía ya unos cuantos días que sentía un fastidio pertinaz, obstinado, por la tozu-

dez de la firma telefónica de la ciudad más grande, donde había contratado una promoción de banda ancha para entrar a Internet, y que me había enviado un aviso por mail. Al llamar por teléfono a la empresa, círculos sucesivos de voces grabadas me iban derivando a distintas etapas de un recorrido imposible de evitar que, sin embargo, nunca me habilitaba para saber por fin cuáles eran las condiciones que iban a cambiar a partir del día 9 del mes siguiente. Comunicarse con un ser humano común y silvestre, con quien podríamos haber despachado el asunto en diez minutos de intercambio, resultaba del todo imposible. Las dos firmas (la telefónica, y la proveedora del servidor) estaban fusionadas de tal modo que cuando uno llamaba al «servicio para el cliente» de la segunda, lo derivaba de inmediato al interno y la seguidilla de rebotes de voces de la primera.

Pensé en mi hábito eterno de primero deprimirme y después odiar este tipo de cosas, que yo veía como triquiñuelas. Inscribirse en «Mi cuenta», un servicio que facilitaría todo según ellos, era literalmente impenetrable: rebotaba una y otra vez sin entregar un código necesario. Lo había probado incluso con la ayuda de un amigo que es un as en las tareas digitales. Sentía un fastidio considerable. De hecho mucho peor que el que había sentido, pensé de pronto, aquel protagonista nunca escrito ante la conciencia de haber dejado el mundo de los vivos, porque en su caso (pensaba él) había ido a parar al cielo, donde ni siquiera tenía el placer o el gusto de fastidiarse, irritarse, incluso putear. Así que aprovechando mi condición aún mortal, me fastidié, me irrité y puteé a lo largo de varias llamadas sucesivas frustradas.

En ese preciso momento en que se unieron el salto de la mantarraya y el viejo plan de novela vi la verdad: de

hecho todo, la antigua idea de una novela, mi hija a los doce, a los treinta y nueve y todas las edades intermedias, yo a veces simpático, a veces molesto como un moscardón, la luna, las estrellas, la superficie rojiza de Marte, el Sol, la galaxia... Para sintetizar: todo el planeta Tierra por una parte, y después la totalidad del universo, en realidad estaban total y detalladamente en el interior de mi cabeza. Los enamoramientos, los renuncios, las cobardías, las audacias, los perros, los gatos, los delfines, el mar, los desiertos, la punta trunca misma del Monumento a la Bandera, y el extremo ahora mocho, desprovisto de una antena que lo coronaba en otros tiempos, del Palacio Salvo, los amigos, las parejas, algún personaje con el que me crucé una sola vez y con quien hablamos sin parar un día completo, mientras viajábamos en ómnibus, eran yo, eran el interior de mi cabeza. Ni corto ni perezoso denominé a esa totalidad increíblemente compleja, y a veces complicada, mi mundo privado. Algo no muy asombroso, salvo por el hecho de que, a diferencia de otros mundos privados, este se comía la realidad entera.